

Carmen Martín Gaité: de Salamanca al mundo

El nombre de Carmen Martín Gaité ha estado unido tradicionalmente al de nuestra Universidad de Salamanca, que fue la suya. El estallido de la guerra hizo imposible el plan de terminar la etapa preuniversitaria en Madrid y tuvo que concluir el bachillerato en el Instituto Femenino de la capital charra como antesala a los estudios de Filosofía y Letras que inicia en 1943 en el estudio salmantino.

Su padre le había proporcionado una primera educación alejada de los parámetros eclesiásticos de la educación dominante de esos años y puso el foco en la historia y la literatura, y ese interés se convierte en la pasión que la lleva a publicar sus primeros poemas en esta etapa universitaria en las páginas de *Trabajos y días*, y a sumarse a la escena teatral en un contexto de pasión cultural como el que producía, en la posguerra, el reducto de libertad que suponía la universidad. Lo cierto es que ese primer poema de 1947, titulado «La barca nevada», se inspiraba en una fotografía que el entonces casi desconocido Pepe Núñez publicó en el rotativo charro *El Adelanto*: este inicio del camino de Carmen y Pepe tuvo su reflejo en los Premios de Castilla y León de 1991.

Estos años de crecimiento y formación la llevan a la Universidade de Coimbra (1946) y al Collège International de Cannes (1948) antes de iniciar su doctorado en Madrid. Su contacto con los escritores que compondrían la Generación del 50 supondrá un impulso definitivo para su carrera literaria, incluso si eso suponía, finalmente, abandonar su primer proyecto de tesis. Será reconducida, eso sí, hacia otros horizontes que resultarán de enorme interés y proyección para su figura como investigadora y autora.

Poco importaba eso: el futuro literario iba a hacer que no solo ella, sino toda su obra, superara las fronteras para convertirse en una referencia fundamental de la cultura en lengua española como una intelectual y una escritora indiscutible que pudo abrirse camino ya en un momento, la primera mitad del siglo XX, que era especialmente duro para las mujeres.

El Premio Nadal nace marcado por el triunfo de Carmen Laforet, y Martín Gaité se convierte en 1957 en la quinta autora en hacerse con el galardón gracias a *Entre visillos*, su primera gran obra atemporal y que suele escogerse entre las novelas más importantes del siglo XX. Un texto, además, que conecta con sus propias experiencias formativas en Salamanca. Y, claro, adelantaba una de las líneas ensayísticas de la autora: su interés por el papel de la mujer bajo el régimen franquista, que la lleva a publicar en 1987 *Usos amorosos de la posguerra española*, emparentado con su *Usos amorosos del dieciocho en España*, aparecido en 1973. Precisamente, esa intersección entre la historia y la literatura, que forma parte inherente de su persona como componente destacado de su primera formación, toma un papel capitular en la década de los 70, en los que la ensayística se convierte en uno de sus intereses más destacados.

Con todo, uno de los mayores reconocimientos, el del Premio Nacional de Literatura, concedido en 1978, llega apenas unos días después de que Carmen perdiera a su madre, tras el fallecimiento, pocos meses antes, de su padre. Este galardón tardó demasiado tiempo en materializarse, pero al hacerlo se abrió una etapa de reconocimiento incondicional y autónomo para la autora, que lograba, por fin, ser considerada unánimemente como una figura destacada y autónoma, no ya una acompañante generacional de otros, incluido el que fue su marido, Rafael Sánchez Ferlosio (de quien se había separado en 1970). Con la primera tesis sobre Martín Gaité ya defendida en una universidad estadounidense poco antes, en 1976, este reconocimiento acaba de impulsar su figura más allá de las fronteras del país y del español, se convierte en una de las primeras autoras españolas destacadas por los todavía incipientes estudios de género. Una época que en los años siguientes la llevarán a múltiples proyectos audiovisuales y grandes reconocimientos, como el Premio Príncipe de Asturias en 1988, el Nacional de las Letras en 1994 y el antes mencionado en Castilla y León.

La combinación de luces y sombras estuvo siempre presente. Es justo recordar que su familia sufrió el horror de la guerra desde el principio del conflicto con el fusilamiento de su tío Joaquín Gaité, profesor, el 30 de agosto de 1936. Y Carmen sufrió todavía pérdidas más dolorosas. En 1954 tuvo su primer hijo, Miguel, aunque lamentablemente, falleció con apenas siete meses a causa de la meningitis. Dos años después, en 1956, nació su hija, Marta, a quien el sida le arrebató la vida sin haber cumplido los treinta años. Con todo, debemos recordar que la autora fue siempre celosa de sus asuntos privados y defendía el respeto a la esfera íntima de los autores, algo en lo que insistió en múltiples ocasiones: una de las más sentidas, con motivo del fallecimiento de su querido amigo Ignacio Aldecoa (a quien conoció el primer día de clase en las aulas de esta Universidad). Coherente y fiel a sus ideas, Martín Gaité destruyó buena parte de su correspondencia personal, buscando preservar su propio derecho a proteger aquello que debía quedar fuera del interés inevitable que genera la figura de cualquier autor.

Martín Gaité y pasión por la lengua

Residiendo ya en Madrid tras su paso por la Universidad de Salamanca, la incipiente escritora combina la aparición de sus primeros relatos breves con su colaboración con la Real Academia Española. Así, Carmen Martín Gaité trabaja preparando fichas para el *Diccionario de la Real Academia Española*, un trabajo lexicográfico fundamental. En este sentido, los años de formación en Salamanca con maestros como Rafael Lapesa y Salvador Fernández, que acabaron siendo destacados miembros de la RAE, suponen una importante influencia filológica y, también, literaria.

Pese a ello, la colaboración con la RAE y el trabajo en la tesis doctoral van languideciendo. Y eso que pudo haber vínculos afectivos y familiares, puesto que su suegro, Rafael Sánchez Mazas, fue miembro de la institución. En cualquier caso, se dieron dos circunstancias importantes: la experiencia doctoral en su paso a la Ciudad Universitaria de Madrid no resultó del todo satisfactoria, y la consolidación de sus primeras metas literarias (junto con el intenso contacto social con quienes formarán la Generación del 50) la llevan a acercarse cada vez más a lo estrictamente literario.

Así pues, aunque con algunos altibajos, son años de ocupaciones e intereses múltiples: a su labor filológica con la RAE y su crecimiento literario en revistas, hay que sumar su primera aproximación formal a la educación en uno de los colegios femeninos de la capital, el de la calle Martínez Campos. Todo ello mientras, además, trabaja en la notaría de su padre, que se había asentado en Madrid. La tesis, que iba a profundizar en la cultura del cancionero galaicoportugués, quedó inconclusa. Eso sí, la idea de doctorarse seguirá presente y lo conseguirá, algunos años más tarde, con otro tema. Del mismo modo, parecía quedar claro que el formalismo estricto de ese sistema educativo tampoco le reportaba grandes alegrías en su faceta como docente: heterodoxa y libre en el aula, chocaba con la restrictiva filosofía educativa de ese tipo de centros bajo el franquismo. Una vez más, los múltiples intereses terminaban apuntando en la línea preferente de lo literario.

Si bien es cierto que esa línea de trabajo no llegará a su culminación, el interés por la lengua y su conexión directa con los constructos socioculturales sí será un tema al que regresará en múltiples ocasiones a lo largo de su labor ensayística desde múltiples perspectivas. En 1972 Martín Gaité defiende con éxito su tesis doctoral: habiendo dejado atrás la pulsión cancioneril, este trabajo es la base sobre la que publica un año más tarde su estudio sobre el chichisbeo titulado *Usos amorosos del dieciocho en España*. Este es el fruto de un largo periodo de investigación histórica, sí, pero con una atención muy especial al estudio lingüístico y discursivo asociado a la actividad del cortejo amoroso. No en vano, parte de este trabajo resulta en su conocido catálogo de términos y expresiones que se asocian a esta práctica y que se recuperan como parte de ese campo semántico en el XVIII o son creadas en ese momento. La pasión lexicográfica estuvo siempre ahí y su formación filológica resultó en todo momento esencial en su trabajo como investigadora.

Como no podía ser de otro modo, su escritura está también atravesada por esos intereses, y su vocación por lo lexicográfico la lleva a alcanzar una precisión terminológica que es, en sí misma, una expresión de enorme riqueza en su dominio del verbo. Poca duda cabe de que Martín Gaité es una voz dotada de una precisión y variedad léxicas envidiables: fue una escritora dotada con la capacidad de dominar el nivel expresivo con agilidad sin caer jamás en lo redicho ni en la necesidad de ofuscar su discurso (ni el más literario ni el más ensayístico) con el uso de las palabras más complejas.

Esto se da también en su capacidad para abordar con maestría la literatura de corte más juvenil y mantener toda la estética que hace de su lectura una experiencia estética satisfactoria. Esto ha hecho de ella una escritora que es posible leer y disfrutar por lectores de todos los niveles y edades.

Traductora y crítica: la labor de su oficio literario

Su pasión por la literatura estaba destinada a imponerse en su vida, tanto en la forma de su escritura literaria y ensayística, sus labores como traductora y su trabajo en el sector de la crítica. Y es que Carmen Martín Gaité se desarrolló profesionalmente en las principales áreas del oficio de escribir.

Aunque sus primeras traducciones se vinculan al italiano (son textos de Ignacio Silone e Italo Svevo), ya en 1970 publica un prólogo para *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde. En 1972 une su interés investigador con su labor traductora gracias a *Actitudes patriarcales* de Eva Figes y empezará a potenciarse su traducción de autores anglófonos con textos de Truman Capote o Patricia Highsmith, entre otros. Con el paso de los años, se sumó a su porfolio de autores traducidos nombres como Emily Brontë, Gustave Flaubert, Primo Levy, Virginia Woolf o Natalia Ginzburg, siempre con obras de renombre. Traducciones, como se puede suponer, dotadas de gran sensibilidad y que consiguen trasladar la riqueza de matices de nombres tan importantes y de verbo tan cuidado como los mencionados.

A esta época de traducciones, que crece en paralelo con su trabajo investigador, hay que sumar sus ediciones, antologías y otros proyectos del mundo libresco. Por ejemplo, en 1972 (el año de su defensa de tesis), prepara junto a Andrés Ruiz Tarazona la capital antología *Ocho siglos de poesía gallega*, y en 1973 es una de las grandes impulsoras de la editorial independiente Nostromo, de la que, a todos los efectos, se convierte en madrina y donde, además, una jovencísima Marta se introduce en el mundo del libro. Cuando Alfaguara la compra y, finalmente, disuelve el sello en 1979 se cierra una época de ilusión por este tipo de proyectos culturales.

Como traductora ya consolidada y narradora que roza el reconocimiento internacional, el 18 de octubre de 1976 Martín Gaité asume el siempre difícil compromiso a largo plazo que supone la colaboración regular con un medio de comunicación: desde el primer número de *Diario 16*, la autora firma una columna semanal centrada en la cultura y, claro, con gran énfasis en el mundo literario. Esta cita regular se mantuvo firme hasta el 26 de mayo de 1980: el despido de Miguel Ángel Aguilar, marido de su amiga Jubi Bustamante (quien, de hecho, fue esencial para convencerla y aceptar el reto del artículo periódico) hizo que Carmen sintiera desapego por la siempre complicada labor de la crítica cultural.

Por otro lado, es una época en la que vuelve a impulsar su labor investigadora. Acepta un puesto de profesora visitante en EE. UU. (lo que, además, dará más alas a su figura como autora en ese país), y en 1984 la Fundación Juan March la beca para continuar con su investigación sobre los usos amorosos, lo que permitirá dar forma a su estudio sobre las relaciones afectivas de las jóvenes en la posguerra (a la postre, la investigación que hará que gane el XV Premio Anagrama en 1987), regresar a EE. UU. y combinar esa investigación con la impartición de cursos literarios, donde su difunto amigo Ignacio Aldecoa ocupa un lugar destacado.

Carmen Martín Gaité y el mundo del cine y la televisión

Esas experiencias marcaron, como no puede ser de otro modo, su trayectoria creativa. Empezó a escribir *Entre visillos* en 1955, tras la muerte de Miguel y antes de la llegada al mundo de Marta. El premio Nadal supone un indiscutible impulso para su trayectoria como narradora, tanto por el prestigio del galardón como por el éxito comercial de la novela, y los nuevos contactos en el mundo editorial que eso le permite. Su hija será también influencia clave en varias de sus obras más destacadas, pero es especialmente reseñable cómo su enfermedad y muerte permean *Caperucita en Manhattan* (1990), una novela juvenil de tintes fantásticos que reinventa al clásico... y que se lee de forma diferente cuando pensamos en cómo la literatura puede ser refugio de heridas terribles.

El acercamiento a la escena de Carmen Martín Gaité se produce en 1945 cuando, durante su segundo año de carrera, se suma a la compañía de teatro universitario Juan del Encina como actriz: en esos años el profesor César Real de la Riva (que llegó a ser vicerrector) llevaba la dirección. Su debut actoral fue en el ya desaparecido Teatro Bretón con *El segador*, de Azorín, y aunque en el ámbito de la interpretación hubo algunos cameos (incluido uno en la película de 1990 *La seducción del caos*), no siguió ese camino y, como sabemos, se centró en la labor de escribir e investigar.

A este mundo regresará, en parte, durante el descanso de la narrativa de ficción que se toma durante los años en los que se centra en su trabajo historiográfico y ensayístico. Y es que en el año 1971 debutará en Televisión Española la adaptación al formato serie de *Entre visillos*. Martín Gaité participa en el proyecto colaborando en el guion y cumple una de las tradiciones no escritas del formato: realiza un divertido cameo, lo que supone (aunque sea de forma extremadamente breve) recuperar su faceta como actriz. A partir de aquí no hay que esperar muchos años para ver más proyectos suyos: su acercamiento al cine es de mano de Juan Tébar para dar forma a los diálogos de *Emilia... parada y fonda*, largometraje que dirige Angelino Fons y que se basa, a su vez, en un relato de Carmen publicado la década anterior.

Solo un año más tarde, en 1977, concluye su trabajo en el guion de *Sábado de gloria*, en una importante (pero infructuosa) colaboración con Pilar Miró: en este caso el proyecto de ambas creadoras debía llevar a la pantalla la novela *Fragmentos de interior*, pero la producción no logró cuajar en un primer momento. También se frustra el proyecto de adaptar «La conciencia tranquila», otro relato breve publicado, también, en los años sesenta. Por otro lado, en 1978, el año de gran impulso internacional de su carrera, la Dirección General de Teatro del Ministerio de Cultura le encarga adaptar el clásico del siglo XVI *Don Duardos*, lo que hace con gran éxito. Aunque durante un tiempo se vincula en este tipo de proyectos a la televisión, queda claro que no olvidó nunca el teatro y en 1988 se estrenó su gloriosa versión de *El burlador de Sevilla* en Almagro con dirección de Adolfo Marsillach.

Uno de los muchos homenajes de Martín Gaité a su Salamanca natal toma, precisamente, la forma de la televisión: firma en 1983 el guion para el capítulo dedicado a la ciudad del Tormes del programa *Esta es mi tierra*, de Televisión Española. En 1984 se harán realidad otros dos proyectos para televisión vinculados con ella: el primero es su colaboración como guionista para la serie *Teresa de Jesús* junto a Víctor García de la Concha, y que fue un gran éxito entre el público. Y tan solo semanas más tarde se estrena el primer capítulo de *Fragmentos de interior*, miniserie de Televisión Española que dirigió y adaptó Francisco Abad, contando con la autora como asesora.

Sin embargo, suele considerarse que su mayor éxito como guionista es el de la adaptación a serie de *Celia* (1993), el personaje de Elena Fortún, y que hizo junto a José Luis Borau: su vinculación con el proyecto fue especial, pues asistía a los rodajes, se permite crearse un pequeño papel y, sobre todo, propició que Martín Gaité homenajeara a una autora a la que siempre había admirado enormemente.